

Álvaro Pombo, escritor, Premio Planeta 2006

# «Creo que quien fracasa es culpable de su propio fracaso»

JAIME FERNÁNDEZ

– Cuando le entregaron el Premio Planeta, aseguró que *La fortuna de Matilda Turpin* es su mejor novela. ¿Lo considera así o fue una frase dicha en un momento de exaltación?

– Lo digo en serio. Yo no he escrito para ganar el Planeta, sino que he hecho la mejor novela que sé hacer. Aparte de eso, siempre digo que mi última novela es la mejor que he escrito. Considero que el acto de escribir novelas no es fruto de la inspiración, sino que es un arte que se aprende. La escritura tiene mucho de artesanía, un gran componente de elaboración, así que considero que se hace mejor cuanto más se aprende. No creo en la inspiración, sino que confío en el trabajo.

– ¿Qué es para usted esa inspiración en la que no cree?

– Es justo lo contrario de lo que la gente piensa. Es lo contrario del morbo. Para mí la única inspiración es la buena salud, levantarte temprano y trabajar duro. Haciendo eso las novelas mejoran mucho.

– ¿Es cierto que escribe todas las tardes de cinco a nueve?

– Sí. Escribo muy organizada. Lo hago todas las tardes menos las que tengo que ir a la Real Academia de la Lengua. Tengo gran fe en la rutina y ninguna en las ocurrencias que vienen del cielo. A mí las ocurrencias sólo me vienen cuando estoy trabajando. Quiero dejar claro que no soy un *workalcoholic*, es decir, no soy un maniático del trabajo, pero sí confío en las buenas medias. No importa que hoy haga un folio si mañana hago veinte. Como verá se puede decir que soy una persona muy rutinaria.

– ¿No le preocupa innovar?

– Lo cierto es que lo paso mejor cuando hay rutina. No me gustan las novedades, aunque siempre aprovecho lo que tengo a

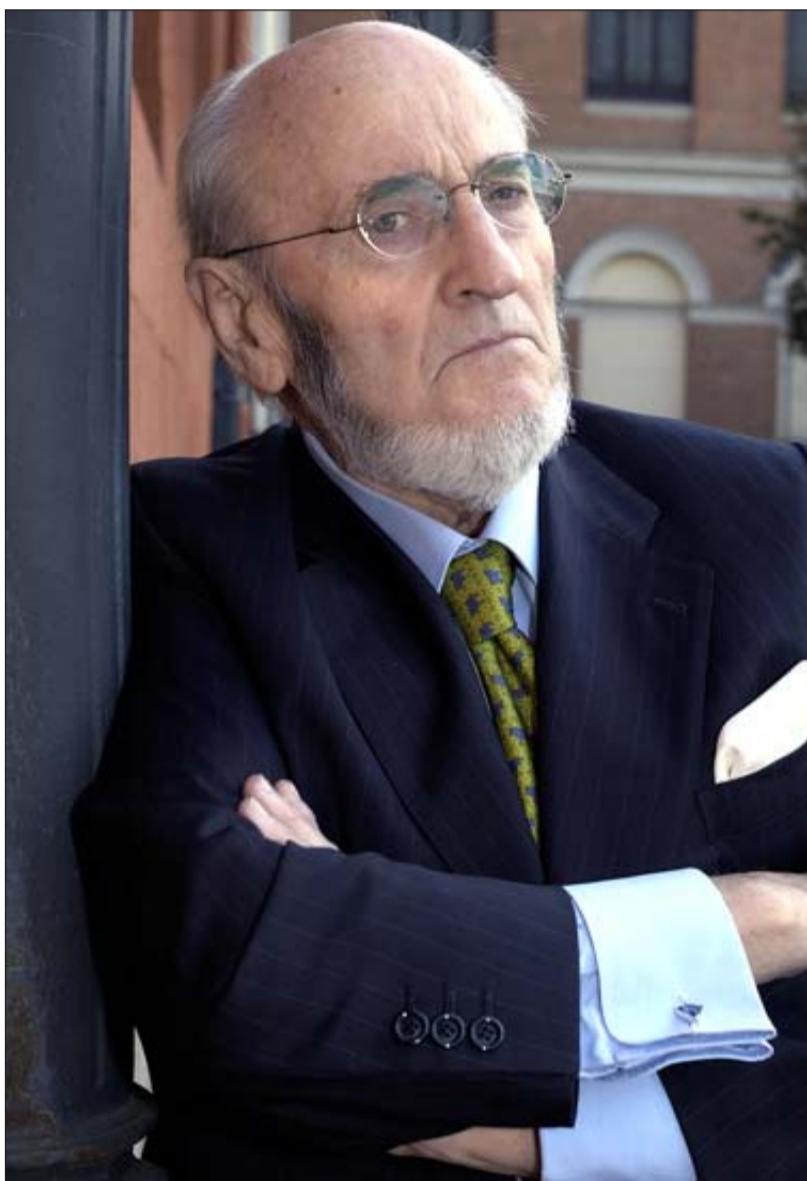
Nacido en Santander en 1939, se interesó pronto por la Filosofía, carrera que cursó en la Universidad de Madrid (antiguo nombre de la Complutense). Entre sus amores tempranos estuvo también la poesía, que todavía cultiva, y la narrativa, que le ha llevado a ganar premios como el reciente Planeta 2006 por su novela *La fortuna de Matilda Turpin*. Se acercó a la UCM para participar en la primera sesión del Foro de Lectura organizado dentro de las actividades del Foro Complutense de este 2007.

«El acto de escribir novelas no es fruto de la inspiración, sino que es un arte que se aprende»

mano y con la larga promoción que he tenido que hacer por el Premio Planeta lo he pasado bien, no lo puedo negar, aunque me complica a mí un poco y se me ocurren menos cosas. Eso no quiere decir que el trabajo rutinario sea la única manera de hacer literatura y ni siquiera la mejor, sino simplemente que es la técnica que yo utilizo.

– A pesar de que asegura no haber escrito este libro para ganar el Planeta sí que hay lectores-tipo del Planeta.

– Sí, y eso es muy importante, porque define al Planeta, que es un premio popular, pensado para una gran cantidad de lectores. Mi tesis es que a todos los novelistas les gusta vender. Yo al menos me enfado si me dicen que soy un novelista de culto. No lo soy, porque los últimos años he vendido unos 30.000 ejemplares de novela por año y eso son unas tres o cuatro ediciones. Por el contrario, un novelista de culto es el que vende tres o cuatro mil libros. Siempre he tenido la intención de que mis novelas lleguen al mayor número posible de lectores. Ahora veremos qué pasa con esta última novela, porque es cierto que yo no escribo como Matilde Asensi o como Pérez Reverte. Escribo un tipo de novela más elaborada psicológicamente,



«Me enfado si me dicen que soy un escritor de culto»

pero por muy complicada que sea su estructura narrativa tiene que poder alcanzar a muchísima gente.

– ¿Es una característica que no comparten otros géneros literarios?

– Creo que hay algo propio de las narraciones, que quieren ser oídas por mucha gente. La novela viene directamente de la

épica. La novela de público selecto es algo muy moderno, que comienza en los años veinte, pero en el XIX, las grandes novelas incluso las de Henry James buscaban ser leídas por el mayor número de lectores posible. – ¿Gran parte del público que se acerque a su última novela quizás necesite un manual de filosofía para ser capaz de seguirla entera?

– Yo niego eso y estoy dispuesto a demostrarlo, libro en mano, y leyéndolo en voz alta. Si hay algo de filosofía que el lector no entiende, da igual, se lo salta sin más. Todos hemos leído libros de Julio Verne sin enciclopedias científicas al lado y cuando llegaba, por ejemplo, una formulación matemática, nos la hemos saltado. No pasa nada. Las novelas son géneros muy poderosos y cuentan cosas a muchísimos niveles y así se puede leer *La fortuna de Matilde Turpin*. Es cierto que hay referencias filosó-

ficas, pero no más que las que yo hago habitualmente en mi conversación diaria.

– Lo que también se puede encontrar en esta novela es su peculiar e irónico estilo del humor.

– Sí, pero en esta novela menos que en otras. De hecho esta y mi anterior novela, *Contra natura*, son las dos que incluyen menos humor. La última es una novela muy seria y sombría.

– Y un poco deprimente.

– Supongo, aunque de alguna manera esta novela se debería de poder leer como

«Toda referencia a una especie de destino, del tipo que sea, me parece deleznable»

una canción de amor, de amor fracasado. Se debería de poder leer desde la perspectiva del entusiasmo y no sólo de la del fracaso, porque creo que quien fracasa es culpable de su propio fracaso. No lo hace por los avatares de la vida, sino porque obra mal. El fracaso siempre depende de nuestras propias elecciones y eso queda muy claro en este libro.

– ¿Así que no cree en el destino?

– Por supuesto que no. Somos absolutamente responsables de nosotros mismos y toda referencia a una especie de destino, ya sea biológico, social, histórico o cualquier otro me parece deleznable. Sólo los cobardes invocan siempre el destino, como se ve muy bien en Shakespeare. ¡Del destino, nada! – En un momento de la novela, dos personajes comentan que uno de ellos se está comportando como un profesor rancio de la Complutense. ¿Tuvo usted muchos así cuando estudió en la universidad?

– Todo profesor es rancio para la gente joven, e igualmente consideran que las personas mayores damos la charla, o esas cosas que dicen. Quizás todos seamos un poco rancios. De todos modos, con ese diálogo del libro no me meto con nadie en particular, aunque es verdad que en España ha habido muchas dificultades a la hora de enseñar la filosofía, ya que ha estado muy influida por la iglesia.

## La actitud pasiva y la curiosa memoria selectiva de los televidentes

Al igual que Álvaro Pombo considera la escritura de la novela como una praxis que hay que desarrollar con el tiempo, piensa lo mismo sobre otras disciplinas, como la filosofía, e incluso sobre la propia vida. En su última novela se critica ese carácter pasivo de uno de sus protagonistas, a quien odian casi todos los lectores y que además es un filósofo que a veces se reconoce a sí mismo como pedante. Lo que sí deja claro Pombo es que su libro no critica a los filósofos y a la

discusión filosófica, «sino a quienes dicha discusión les conduce a un mundo cerrado, a un mundo sin fin».

También aclara el escritor que no es demasiado importante lo que él mismo diga sobre su obra en una entrevista, porque lo que realmente interesa son «los libros, el texto, lo que queda escrito, que generalmente es polivalente en muchos sentidos».

Álvaro Pombo se reconoce como una persona que no tiene demasiado contacto con el mundo literario ni con

el universitario, lo que le hace tener menos relación con la gente de lo que parece. Esa sensación de cercanía está fomentada, en parte, por sus apariciones televisivas. El escritor no tiene ningún reparo a la hora de declarar que suele causar mayor sensación como personaje que por sus libros y asegura que muchas veces un interlocutor le comenta que le ha visto en la televisión, pero cuando le pregunta si recuerda sobre qué habló, «nadie es capaz de recordarlo».